

AGUSTÍN BAROVERO

RARO



UN LIBRO URGENTE SOBRE

AUTISMO

 Planeta

AGUSTÍN BAROVERO

RARO

Un libro urgente
sobre autismo

 Planeta

Este no es un libro sobre mí.

Solo voy a contar lo que pasó. Tengo que explicar por qué todo me grita. Por qué en treinta y cinco años no supe quién era. Por qué ahora lo sé y mi vida se descascara.

«Autista» viene del pronombre griego αὐτός/αὐτή/αὐτό (autós, auté, autó): «uno, él, sí mismo». Autista sería quien está *sobre sí, en sí*. Pero no. En realidad, *todo* está en mí, sobre mí y alrededor mío. Intenso, enorme, se revuelve y multiplica adentro.

Soy autista. Hablo de esto públicamente hace dos años y estoy harto. Quiero silencio, quiero no estar, quiero hacerme invisible y que lo que escribo le sirva a alguien. Si encontré la llave, si hallé el mapa, volver y empezar de nuevo. Hacer lo que me hubiera servido. Dar el mapa y la llave. Pero hoy, a otro.



Este no es un libro sobre *autismo*.

No existe *el* autismo. Existen personas. Y existe una lista de criterios, una descripción desmembrada, una mirada que las recorta. Leo esa lista y soy *eso*, pero a la vez, no. Nadie *es* dicho por otro. Me leo ahí fragmentado, incompleto, sin núcleo. Lo importante no figura en ningún lado. Nadie sabe qué pasa acá adentro, ni en los millones que viven algo parecido.

Parecido.

Nunca igual.

No tengo ninguna certeza. Lo que escribo es siempre una pregunta. Esto se derrumba y se rearma. Vuelven todas las caras que vi, cada pequeño pensamiento repicando. Tengo años enteros sin memoria y segundos que puedo reconstruir por horas. Tengo la voz de madera de mi tío, mi panza helada con cada sobresalto, el olor del pulóver infinito de mi mamá, las manos manchadas de laurel y mora, mi llanto dando la clase esa, la cara sucia del nene que no desayunaba nunca, sus dientes con caries, las pecas de mi vecina en Guadalupe, la caja de tortura que fue mi ropa cuando quedé afuera, las caras de odio de la gente que quiero, la noche que lloré en la cama dos días y medio, los días que quiero borrar, las noches que no puedo recordar, las tardes que no puedo recordar. Todo se agolpa preciso, minucioso, sin sentido ni respuesta.

Abro la caja negra de un accidente. Escribo de noche encerrado en mi casa. Escribo lleno de dudas, de deudas,

rodeado de cosas de otro. Tengo cada vez menos amigos y más miedo a perderlos. Disimulo menos quién soy y no voy donde no me gusta. Estoy más solo, más desnudo y todo me aterra. Cada mensaje nuevo me da frío. Todavía no pertenezco a ningún lado. El tiempo se lleva todo lo que puedo llamar *casa*.

Escribo. Borro patetismo, vanagloria, saco falsa modestia. Me saco. A los autistas no nos gusta hablar de gente: hablamos de cosas. Hablamos de animales y hongos y dibujitos y vestidos y cantantes. Hablo del espacio, de discos, de cuentos, acordes, frutas, teorías. Me saco para no hablar de mí y hablar de *esto*. Saber que soy autista me salvó. No triunfé ni la rompí ni puedo trabajar, bailar cuarteto o ir al chino como los demás, pero ahora sé por qué. Y necesito decirle a alguien que no sé quién es: no estás roto. No sos raro. No es tu culpa. No me interesa mi nombre o mi cara en los medios, no quiero la ansiedad de que me reconozcan en la calle cuando voy a la farmacia. Quiero ser chico en un lugar dulce y que afuera nadie esté nunca más solo.

Recibí mi diagnóstico y tuve que salir a contarlo. Saber quién sos no puede depender de la suerte. Cada persona que es diagnosticada en la adultez, antes experimentó angustia, depresión, baja autoestima, problemas de salud, adicciones, manipulación, violencia de género, maltrato laboral, desnutrición, estrés, ideación suicida, diagnósticos erróneos y sobremedicación. Llegó a saber quién era casi por azar. Si es que llegó, porque

el diagnóstico hoy es un privilegio. Entonces hay que hablar de esto. De los más de doscientos millones de autistas que hay en el mundo. De que en la Argentina somos más de un millón. De que la mayoría no lo sabe y vive una vida a oscuras.



Este libro no tiene que durar.

Quiero que un día sea obsoleto. *Ser autista* tiene que dejar de ser un problema. Pero el problema no es nuestro. El problema está afuera, cuando *ser autista* es tabú, insulto, enfermedad, trastorno o vergüenza. Cuando quien sospecha que lo es no tiene con quién hablar. Cuando no hay información. Cuando cualquier duda es invalidada. Cuando miles de autistas son excluidos de los servicios de salud y educación o no acceden a un trabajo.

No sé cómo se hace para cambiar eso. Empecemos por hablar. De la manera que sea, por donde sea, como salga. En algún lado hay alguien que está solo y no ve salida. Hablemos.



*I don't know anybody who knows what I'm talking about
if I talk long enough.*

*Soberbio, agrandado, arrogante,
inconmovible, seco, inadecuado,
repetitivo, corto, abombado,
malo, catrasca, altivo, petulante.*

Todas las palabras que me nombraron se repiten en
mi cabeza, como una cuarteta barroca, en *loop*.

*Desorientado, lento, engreído,
tonto, presuntuoso, ido, molesto,
especial, despreciativo, inmodesto,
gato, endiosado, fanfarrón, creído.*

Tres décadas y media. *Loop*.

*Divo, egocéntrico, egoísta,
pedante, orgulloso, vil, cerrado,
vago, altanero, gay, desubicado,
soberbio, raro, sordo, lento... — — — .*

Adjetivo trisílabo grave, siete letras. La palabra que
cierra la rima llega después. Tarde.



Cierro la puerta y bajo la escalera del consultorio. Peldaños de piedra, dos tramos en ele. Desato la bici, la vista en las baldosas irregulares, la calle y los árboles de las cuatro de la tarde. Es noviembre. Z acaba de decir una palabra que voy a repetir para siempre, confirmando, después de cinco sesiones, que el diagnóstico es ese. Que en realidad soy eso.

Me acaba de cambiar la vida para siempre. Mi piel se eriza abajo del buzo mientras desato el candado como puedo. Ahora la vida empieza. Lo sé. Ahora, en serio, empieza.

Busco los auriculares, los lentes, pongo «Moon And Sand», por Jarrett, DeJohnette y Peacock. Subo a la bici. Todo se mueve. Soy un punto que se desplaza por el espacio, bordeando la plaza mientras termina la primavera, cuatrocientos metros de palabras y risas y mate y perros. No voy a volver directo a casa. Pedaleo. La campera y el sol me dan el abrigo justo para el viento que sube del mar. Hay autos, luces, negocios, gente, gente, gente, Jarrett sigue y sigue. Entonces era así, finalmente. Era esto.

En algún momento del trayecto que no recuerdo, lloro.

No sé cuándo voy a llegar a mi casa. Paso por las calles de siempre, esquinas, cines, kioscos, cafés que conocí con otro nombre, veredas de cuando había otras baldosas, árboles como nubes distintas cada año. Esta vez se van a acabar los misterios, el encierro y las preguntas. Y algo va a empezar a tener sentido, por primera vez en treinta y cinco años.